

10

HISTORIAS DEL
FARERO DE
CAVALLERIA

FERRAN
RAMON-
CORTÉS

ó



CONTAGIAR OPTIMISMO

UN VIAJE POR LA COMUNICACIÓN PERSONAL

© 2020 TODOS
LOS DERECHOS
RESERVADOS

Estaba decidido a apurar mis vacaciones en Menorca, aunque sabía que Laia tendría que marchar antes. Había decidido darle una tregua al Farero (entre Laia y yo llevábamos diez intensas sesiones de aprendizaje con él) pero inesperadamente me citó. Recibí un mensaje que decía:

- Ven cuanto antes, Pau. No te puedes perder el espectáculo.

Subí a la moto. Sabía que Laia había ido a ver a una conocida suya y tardaría en volver, y en veinte minutos me planté en el faro. Abrí la barrera con mi llave (ya era MI llave) y me acerqué a la edificación. Entré y oí la voz del Farero que me decía:

- Sube, Pau, te espero en la terraza circular. Ya conoces el camino.



Subí por la escalera de la torre hasta el piso de la terraza. Una terraza que daba la vuelta completa. Se podía observar el paisaje en 360 grados. Encontré al Farero allí, señalándome el horizonte en dirección noreste:

- Mira. Se nos acerca una buena tormenta.

En efecto, unos potentes nubarrones se cargaban de energía. Se podían ver potentes rayos y se empezaba a oír el sonido desdibujado y lejano de los truenos. Nos movimos por la terraza en dirección suroeste, y de nuevo me señaló el horizonte.

- Y mira que maravilla de horizonte. Se prepara una limpia puesta de sol...

El espectáculo era realmente sobrecogedor: los nubarrones de tormenta en el noreste, y un claro y despejado horizonte que ya se teñía de rojo por el suroeste. Un contraste increíble. Nos quedamos un buen rato disfrutando del espectáculo, viendo (y oyendo) cómo se acercaba la tormenta, y viendo por otro lado cómo empezaba la puesta de sol en la más absoluta calma. La serenidad de la puesta de sol contrastaba con la contundencia de la tormenta que se avecinaba. Yo

sin embargo me quedé enganchado en la visión de la tormenta, ignorando la puesta de sol. Tras unos largos 15 minutos me dijo:

- Si quieres ver nubarrones, a la vista tienes los nubarrones. Pero también hay un precioso cielo despejado a tu espalda.

No entendí el enigma. Quizás porque no venía preparado en absoluto para que hubiera un enigma, y no me lo esperaba. Pero a aquellas alturas ya sabía las reglas. Si había algo por descubrir era yo quien tenía que hacerlo.

Lo oí bajar. Probablemente se estaba instalando en la sala. Pero yo necesitaba mi tiempo. Me quedé en la terraza. Dirigí mi mirada a la serena puesta de sol, pero no podía ignorar la tormenta a mi espalda. Los amenazantes nubarrones me tenían secuestrado.

De repente una lucecita se encendió en mi cabeza. Ahí estaba la clave: me enganchaba a los nubarrones, teniendo una preciosa puesta de sol a la vista. Me enganchaba al pesimismo, ignorando el optimismo. Al cabo de unos minutos bajé.

- Estoy instalado en el pesimismo: veo nubarrones por todas partes.
- Y esta visión no solo va contigo...
- ¿Qué quieres decir?
- Quiero decir que las emociones se contagian. Por eso hay personas que te absorben la energía, y otras que te cargan las pilas. Unos te contagian nubarrones, otros brillantes puestas de sol. Tu te enganchas con los nubarrones, y contagias nubarrones...

Me quedé sin palabras. Porque de repente fui consciente de que era exactamente lo que me estaba ocurriendo. No solo estaba enganchado al pesimismo sino que -ahora me daba cuenta- lo estaba contagiando. No me gustaba en absoluto, sin embargo, también me daba cuenta de



que probablemente era mi forma de ser, y que poco margen tenía al respecto. Con estas reflexiones en mente le pregunté:

- ¿No va con el carácter el que seas más optimista o más pesimista?
- Va con la actitud que tu elijas. Los nubarrones están, y estarán siempre. Pero la puesta de sol también. Como en la terraza, se trata de ver lo que elijas ver... lo que tu llamas carácter yo lo veo más como una inercia, como lo que te has acostumbrado a hacer.
- ¿Puedo contagiar optimismo?
- Sí, sin duda, siempre que lo sientas. Porque lo que sentimos es lo que contagiamos.



Aquel era un rayo de esperanza, porque no solo me pesaba mi pesimismo, sino que me daba cuenta de que me alejaba de algunas personas.

Agradecido una vez más, volví a Fornells, ya con los últimos restos de luz del día. A mi derecha el paisaje era sereno. A mi izquierda amenazante. Sin embargo, la tormenta no llegó a la Isla, se desvaneció en alta mar. En Fornells me encontré con Laia. Inmediatamente me salió de dentro hablar con ella:

- Supongo que te debo unas cuantas puestas de sol. Últimamente te he contagiado muchos nubarrones.

Ella no me lo discutió, pero tampoco polemizó. Se limitó a decirme:

- Creo que te las debes a ti mismo.

Nos sentamos en el puerto, y Laia me contó qué había detrás de aquella cita con el Farero. Ella había hablado con él. Le había contado que hacía ya un tiempo que me veía instalado en el pesimismo, y que tenía dificultades por no contagiarse de mi actitud. Lejos de enfadarme se lo agradecí. Porque yo no hubiera caído, y realmente no quería contagiar esa energía.

La acompañé al aeropuerto. Sus vacaciones terminaban. Su vuelo salía esa misma noche. A mi me quedaban 24 horas, que quería aprovechar sin tregua. Llegamos a la terminal. El cielo estaba tapado, con los restos de la lejana tormenta. Me callé cualquier comentario. Estaba empezando a pensar en qué tiempo haría en Barcelona y si Laia tendría un buen vuelo. Sin embargo me callé. No quería contagiarle esa energía. Al instante, un enorme claro se abrió dejando ver una brillante luna.





WWW.LAISLADELOS5FAROS.COM

© 2020 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DISEÑO GRAFICO JÚLIA RUIZ